



COLECCIÓN LA VALIJA DIPLOMÁTICA

Antonio de Oyarzábal

RECUERDOS
POLÍTICOS



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— LA VALIJA DIPLOMÁTICA, n°49—
MADRID • MMXVII

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © ANTONIO DE OYARZÁBAL

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
www.cuadernosdelaberinto.com

Del prólogo © CHARLES POWELL

Dirección de la colección: PALOMA SERRA ROBLES, JUAN MOREDA OTERO Y SERGIO COLINA MARTÍN
Colección fundada por ALONSO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y MERRY DEL VAL

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Primera edición: Septiembre 2017
I.S.B.N: 978-84-947595-3-6
Depósito legal: M-24876-2017
Impreso en España.

Edita
Cuadernos del laberinto



www.cuadernosdelaberinto.com

Con la colaboración de:

fundación
TRANSICIÓN
española

Con el generoso patrocinio de:



REAL INSTITUTG
elcano
ROYAL INSTITUTE

GENERAL DYNAMICS
European Land Systems
Santa Bárbara Sistemas

MDAnderson
Cancer Center
Madrid • España

A Beatriz; a nuestros hijos.

PRÓLOGO

A lo largo de mi vida académica, he tenido la suerte y el placer de conocer y tratar asiduamente a numerosos protagonistas de la vida política española del último medio siglo, y más concretamente, de ese fascinante proceso que solemos denominar transición a la democracia. Muchos de ellos han sido reacios a escribir y publicar sus memorias, escudándose a menudo en ese manido tópico según el cual «lo que puede contarse no es interesante, y lo que es interesante no puede contarse». Es probable que el autor de este libro que tengo el honor de prologar también haya invocado en alguna ocasión este pretexto para no dar a conocer un texto que, a diferencia de otros, sí había escrito, y que incluso había tenido la amabilidad de compartir con algunos amigos y conocidos, entre los cuales me encuentro, como resultado de lo cual se había citado en varias obras, suscitando la lógica curiosidad de numerosos lectores. Siendo como es un hombre discreto y poco amigo de las controversias, es posible que también influyese en su ánimo el deseo de no molestar a quienes pudiesen sentirse dolidos por los comportamientos y opiniones que se atribuyen aquí a algunos protagonistas de los acontecimientos que se narran, aunque nunca con la intención de herir o humillar. Sea como fuere, estoy seguro de que el lector compartirá mi satisfacción por la publicación de

estos *Recuerdos Políticos*, que sin duda cabe atribuir en alguna medida al tesón de los responsables de la colección «La Valija Diplomática», una magnífica iniciativa editorial impulsada desde hace muchos años por la Asociación de Diplomáticos Españoles, y que con éste ya suma cuarenta y nueve títulos. Aprovecho también esta oportunidad para agradecer la ayuda aportada por la Fundación Transición Española, institución de la que fui director, y que cumple así su mandato de contribuir a un mejor conocimiento de esa crucial (y muy fructífera) etapa de nuestra historia más reciente.

Nacido en 1935, Antonio de Oyarzábal Marchesi pertenece a lo que hasta 1975 se denominó «la generación del Príncipe», y que hoy aparece en los libros de Historia como «la generación del Rey» (recuérdese que Don Juan Carlos había nacido en 1938). Como han puesto de relieve varios estudios sociológicos realizados tras el cambio de régimen, las personas pertenecientes a esta cohorte de edad —que no participaron en la Guerra Civil pero sí conocieron sus consecuencias— tendían a ser más proclives al entendimiento entre antiguos adversarios y a una genuina reconciliación entre españoles que la generación precedente (que sí había luchado en el conflicto), y también más que la posterior (que en cambio no conoció la posguerra). Por ello, no puede sorprendernos que pertenezcan a esta generación buena parte de los protagonistas del proceso democratizador vivido en España, entre los que cabe incluir al autor de estas páginas.

Hijo del también diplomático Ignacio Oyarzábal, Antonio vino al mundo en Estocolmo, y de niño conoció brevemente la

Alemania de Hitler antes de ser enviado a estudiar a un internado en Suiza. Finalizada la contienda mundial, su infancia se desarrolló en el Madrid de la posguerra, donde posteriormente estudió Derecho antes de ingresar en la carrera diplomática en 1959, coincidiendo con la puesta en marcha del decisivo Plan de Estabilización. En 1961 su nombre adquirió cierta notoriedad en la sociedad madrileña al contraer matrimonio con Beatriz Lodge, la inteligente y elegantísima hija del embajador de Eisenhower en España, el político republicano John Davis Lodge (1955-61), que le acompañaría durante el resto de su vida. Durante la década de los sesenta, Oyarzábal formó parte del gabinete técnico del ministro de Asuntos Exteriores, Fernando María Castiella, experiencia que compartió con dos de sus mejores amigos y compañeros de carrera, Marcelino Oreja y José Joaquín Puig de la Bellacasa. Su puesto en el ministerio le permitió observar muy de cerca no solo el peculiar funcionamiento del régimen de Franco, sino también procesos especialmente complejos y delicados como la aprobación del Estatuto de Libertad Religiosa, la descolonización de Guinea Ecuatorial (pero no así la del Sahara Occidental), los forcejeos diplomáticos en torno a Gibraltar, la apertura de conversaciones con Bruselas, y los desencuentros con la administración estadounidense, que finalmente provocarían el cese del ministro en 1969. Como ya hizo en su contribución al volumen dedicado a la figura de su mentor coordinado por Marcelino Oreja y Rafael Sánchez Mantero (*Entre la historia y la memoria: Fernando María Castiella y la política exterior de España, 1957-1969*, publicado en 2007 por la Real Academia de Ciencias

Morales y Políticas), en estas páginas Oyarzábal realiza una entusiasta (pero bien argumentada) defensa de la labor de su ministro, que no hace sino poner de manifiesto el rigor de los planteamientos e iniciativas que éste impulsó en su afán por superar —o paliar en alguna medida— el aislamiento al que entonces estaba sometida la España de Franco, y que a menudo fracasaron como resultado de la oposición implacable de los sectores más reaccionarios del régimen, encabezados por el almirante Luis Carrero Blanco.

El cese de Castiella en 1969 permitió a Oyarzábal disfrutar de su primer destino en el exterior, en Londres, donde permaneció hasta 1974 trabajando a las órdenes de los embajadores José Fernández de Villaverde, Jaime de Piniés y Manuel Fraga Iribarne. Durante estos años, nuestro autor pudo familiarizarse a fondo con la vida política británica, que atravesaba entonces una época especialmente convulsa, como puso de manifiesto la celebración de dos elecciones generales en 1974. Sin embargo, cuando su amigo Juan Antonio Andreu le ofreció incorporarse al gabinete del flamante presidente del Gobierno, Carlos Arias Navarro, no lo dudó ni por un instante. Se inició así una de las etapas más interesantes de su carrera —y de estos *Recuerdos Políticos*— durante la cual el joven diplomático vivió de primera mano el nacimiento y fracaso del aperturismo del «espíritu del 12 de febrero», el viaje del presidente estadounidense Gerald Ford a Madrid (en el transcurso del cual Oyarzábal actuó de intérprete), la famosa Conferencia de la OSCE celebrada en Helsinki en 1975, la «Marcha Verde» y la crisis del Sahara, y la enfermedad y muerte del jefe del Estado. Sobre casi todas estas

cuestiones se aportan aquí datos a menudo desconocidos, e interpretaciones que ayudan a comprender mejor su evolución y desenlace.

La proclamación del rey Don Juan Carlos en noviembre de 1975 no hizo sino poner de manifiesto las limitaciones y dudas políticas de Arias Navarro, cuya relación personal con el monarca —de por sí nunca fácil— se deterioró a pasos agigantados. Tienen especial interés las páginas que aquí se dedican a las tensiones y dificultades vividas por el primer Gobierno de la Monarquía, que en realidad fue más bien el último de Franco, y que se saldó con un sonoro fracaso. El cese del presidente y el nombramiento inesperado de Adolfo Suárez —que parece haber sorprendido a Oyazábal tanto como a la mayoría de sus contemporáneos— puso fin a una etapa apasionante de su vida, pero no tardó en dar paso a otras aun más exigentes y complejas.

Una de las primeras decisiones adoptadas por el nuevo ejecutivo consistió en cesar a buena parte de los gobernadores civiles nombrados por el anterior ministro de la Gobernación, Fraga, sustituyéndolos por otros más afines a Suárez y su equipo. A pesar de lo inusual que resultaba que un diplomático de carrera ocupara un puesto de estas características, a petición de su amigo Oreja, a principios de 1977 Oyázabal aceptó el puesto de gobernador civil de Tenerife, con el propósito fundamental de hacer frente a la feroz campaña impulsada por Argelia y el movimiento independentista MPAIAC, que amenazaba con poner en peligro la españolidad de las Canarias. Más sorprendente aun resulta el hecho de que, al cabo de tan

solo siete meses, el ministro del Interior, Rodolfo Martín Villa, le pidiese que se trasladara a San Sebastian para ocupar el cargo de gobernador civil de Guipuzcoa, donde permanecería hasta 1979. Dado que uno de sus mejores amigos se encontraba en la cúpula del ministerio de Asuntos Exteriores, cabe suponer que nuestro autor podría haber obtenido sin dificultad un destino diplomático honroso, acorde con su rango profesional. Sin embargo, Oyarzábal prefirió aceptar el reto que suponía trasladarse a un provincia sometida a una insólita tensión, y que recibió con no poco recelo al representante político de un gobierno cuyo partido —la Unión de Centro Democrático— ni siquiera había sido capaz de presentar una candidatura en Guipúzcoa en las elecciones generales celebradas en junio de 1977, debido entre otros factores a la brutal presión ejercida por la violencia etarra.

Por desgracia, son todavía relativamente escasos los trabajos publicados hasta la fecha sobre el papel decisivo que desempeñaron algunos gobernadores civiles durante la transición, por lo que este apartado del libro ofrece un especial interés, sobre todo las páginas dedicadas a la profunda crisis política, económica y social que atravesaba el País Vasco a finales de los años setenta. De hecho, el relato del entonces gobernador civil suscita una reflexión más amplia sobre el papel de la violencia en el proceso democratizador español. Se dice a menudo que la transición española fue «pacífica», cuando en realidad fue una de las más violentas de la «tercera ola» democratizadora (1974-91) sobre la que teorizó Samuel Huntington. Y ello es así porque a los asesinatos perpetrados por organiza-

ciones de extrema izquierda sobradamente conocidas, como ETA, FRAP y GRAPO, habría que sumar los llevados a cabo por grupos de extrema derecha de diverso pelaje, como el que protagonizó la tristemente célebre matanza de los abogados de Atocha en enero de 1977. Por desgracia, tampoco cabe olvidar la violencia desproporcionada ejercida en ocasiones (y no solamente en el País Vasco) por las propias fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, que en algunos casos provocaron víctimas mortales. Es muy de agradecer que nuestro autor reconozca la existencia y gravedad de este fenómeno, que dio lugar a un episodio especialmente penoso en la localidad guipuzcoana de Rentería en julio de 1978, en el transcurso del cual una compañía de la reserva de la Policía Armada cometió numerosos actos vandálicos en los comercios de la localidad, sin que su actuación mereciera posteriormente sanción alguna por parte de sus superiores. Sin embargo, nada de ello resta mérito ni importancia al proceso democratizador español; antes al contrario, estas *Memorias Políticas* sirven para recordarnos que la violencia de distinto signo a punto estuvo de hacerlo descarrilar en varias ocasiones, algo que pudo evitarse debido en parte a la actuación sensata y eficaz de servidores del Estado que supieron estar a la altura de las circunstancias.

Frustrado por el fracaso del gobierno de UCD a la hora de incorporar al PNV al consenso constituyente —esfuerzo sobre el que también se aportan datos novedosos— y deseoso de volver a ejercer su profesión tras casi cinco años apartado de ella, en 1979 Oyarzábal se aprestó a dirigir la Oficina de Información Diplomática, experiencia que se prolongaría hasta 1981. Su

paso por la OID le permitió conocer muy directamente el funcionamiento de los medios de comunicación y su relación con el Gobierno, cuestión que no estuvo exenta de polémica durante el mandato de José Pedro Pérez-Llorca, que sustituyó a Oreja como ministro de Asuntos Exteriores en septiembre de 1980, relevo que nuestro autor atribuye a las maniobras de Leopoldo Calvo-Sotelo. Antes de que éste se produjera, su nuevo puesto le permitió acompañar a Oreja en varias iniciativas importantes, como la que desembocaría en la decisiva Declaración de Lisboa sobre el futuro de Gibraltar, que no tuvo entonces continuidad debido a la oposición cerrada de las autoridades del Peñón. También le ofreció la posibilidad de acompañar a los Reyes en diversos viajes al extranjero, entre los que destacan su primera visita oficial a Marruecos y los Países Bajos, ambas en 1979, lo que le permitió constatar personalmente la importancia del papel de la monarquía en la proyección exterior de la nueva España democrática, y también la capacidad del rey para obtener favores que no estaban al alcance de cualquiera. (El ejemplo más tangible de lo segundo fueron sin duda los 25.000 barriles de petróleo diarios que el emir de Kuwait ofreció a Don Juan Carlos durante una de estas visitas, y que permitió superar parcialmente la preocupante escasez de crudo que padecía la economía española). Ya en 1980, Oyarzábal también tuvo ocasión de acompañar a Suárez en sus visitas a Irak y Jordania, a las que siguieron otras a Arabia Saudita y Siria, que obedecían al interés del presidente por otorgar a España cierto protagonismo internacional mediante el lanzamiento de un proceso de paz que tuviese en cuenta las demandas de Yasser Arafat (a

quien había recibido en Madrid), que se había quedado fuera de juego tras los Acuerdos de Camp David entre Estados Unidos, Egipto e Israel. Fuese o no víctima del «síndrome del Estrecho de Ormuz» que se atribuyó por aquel entonces a un Suárez cada vez más cuestionado en casa, Oyarzábal pudo constatar personalmente el fracaso de estas gestiones, incluidas las realizadas ante el presidente norteamericano, Jimmy Carter.

Concluida su etapa al frente de la OID, nuestro autor fue nombrado embajador de España en Ecuador a principios de 1981, circunstancia que le permitió —por puro azar— despachar con el Rey al día siguiente de la intentona golpista del 23-F, quien tuvo a bien compartir con un él un relato pormenorizado de cuanto había ocurrido la víspera. Sin embargo, su estancia en Quito fue más breve de lo esperado. Oyarzábal nunca se sintió especialmente cómodo con Calvo-Sotelo ni su ministro de Asuntos Exteriores, Pérez-Llorca, y reconoce sin ambages que la política exterior española estaba necesitada de profundas reformas. Sin embargo, la llegada al gobierno del PSOE —y sobre todo la de Fernando Morán al palacio de Santa Cruz— dieron lugar a «una serie de convulsiones sísmicas de carácter sectario» que no tardaron en provocar su cese en febrero de 1983. Según nuestro autor, en esta decisión pesó sin duda la ideología conservadora (cuando no franquista) que le atribuyeron apresuradamente los nuevos responsables políticos del ministerio, uno de los cuales invocó en su contra el hecho de que tuviese en su despacho una foto de Nixon y Franco de 1964 en la que aparecía ejerciendo de interprete (y que se reproduce en estas páginas).

Al igual que otros diplomáticos que no gozaban de la confianza de Morán, nuestro autor fue relegado a un puesto relativamente modesto, en la dirección general del ministerio dedicada a la cooperación técnica internacional, de la que luego fue director durante los años 1985-89, siendo ya ministro de Asuntos Exteriores un político a quien parece haber estimado de veras, Francisco Fernández Ordóñez. Éste debió valorar positivamente el trabajo que allí realizó, ya que en 1990 le ofreció la embajada en Tokio, que ocuparía hasta 1994. A continuación, Oyarzabal fue nombrado embajador de España en Copenhague (1994-96), y ya bajo la presidencia de José María Aznar, embajador en Estados Unidos (1996-2000).

En el bloque final de estos *Recuerdos Políticos*, el autor nos ofrece interesantes y amenas descripciones —no exentas de ciertas dosis de incorrección política— de los gobiernos ante los que estuvo acreditado, las ciudades en las que residió y las personas a las que trató. Es quizás en este último apartado donde se percibe con mayor nitidez la calidad de la prosa de nuestro autor, sobre todo cuando se recrea en descripciones como la que realiza del funcionamiento de la corte imperial japonesa, o cuando narra la odisea vivida por la expedición del marqués de la Romana en Jutlandia, entre otras muchas. Algunas de estas páginas entroncan fácilmente no con la tradición de las memorias políticas, sino con otro género que también han cultivado con éxito incontables diplomáticos españoles y extranjeros, como es el de la literatura de viajes.

Sin embargo, estos *Recuerdos* son ante todo *Políticos*, como ponen de manifiesto las páginas dedicadas a la estancia de

Oyarzábal en Washington, seguramente la que más satisfacciones profesionales le deparó. A la luz del giro que se produciría en la política exterior norteamericana tras la llegada de George Bush a la Casa Blanca —provocada en buena medida por los trágicos acontecimientos del 11-S— y el impacto que todo ello tuvo en la relación bilateral con España, resulta especialmente interesante constatar lo intensa y fluida que ya era dicha relación bajo la presidencia de Bill Clinton. Así se constató, por ejemplo, con ocasión de la visita privada de los Clinton a Mallorca y Granada en 1997, o la visita de estado de los Reyes a Washington en 2000. De ahí, en parte, la frustración que manifiesta nuestro autor —aunque no quiera hacer sangre al respecto— por el giro que se produjo en la política exterior española durante el segundo mandato de Aznar, y que alcanzaría su máxima expresión con la famosa «cumbre de las Azores» celebrada en 2003. Oyarzábal compartía la opinión de quienes pensaban que el «traje» que España vestía desde hacía varios lustros (al menos desde su adhesión a la Comunidad Europea y la confirmación de su pertenencia a la OTAN en 1986) se le había «quedado pequeño», pero le pareció poco afortunado el intento de Aznar de aprovechar el trauma producido por el 11-S para forjar una supuesta «relación especial» con Washington con la esperanza de que ello le permitiese recolocar a nuestro país en el tablero internacional. Y ello fundamentalmente porque la idea misma de forjar una ‘relación especial’ con EEUU no fue nunca sino una quimera, y un atajo escasamente realista de consecuencias potencialmente contraproducentes. A una conclusión no muy distinta llegaría con el paso de no mucho tiempo el excelente

diplomático Javier Rupérez, su sucesor en Washington, que a diferencia de Oyarzábal sí pudo desarrollar una buena relación personal con Aznar.

Al poco tiempo de regresar a Madrid en 2000, nuestro autor dio por finalizada su dilatada vida diplomática, iniciando una nueva etapa profesional en el sector privado, algo bastante común en otras latitudes, y algo también cada vez más aceptado en España. Para fortuna de cuantos trabajamos en el Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos desde su creación, Oyarzábal aceptó asimismo la vicepresidencia de nuestra institución, que no tardó en establecerse como el principal *think tank* español en la materia. A lo largo de más de tres lustros, he podido beneficiarme personalmente de su compañía, experiencia y buen hacer, y no quisiera cerrar este texto sin agradecerle su trabajo a favor de nuestra institución durante estos años. Como podrá comprobar el lector, si bien es cierto que en la era contemporánea la diplomacia española ha producido figuras notabilísimas, solo una minoría muy afortunada ha tenido una carrera tan rica, variada y fructífera como la que se plasma en estas páginas.

CHARLES POWELL

Director del Real Instituto Elcano

Vicepresidente de la Fundación Transición Española

RECUERDOS POLÍTICOS

LA VENDA ANTES DE LA HERIDA

Estimado lector:

Este libro que cae en sus manos viene de pasar un largo periodo de hibernación en un cajón de escritorio. De hecho no estaba siquiera pensado para ver la luz del día sino como copia mecanografiada para recreo de algunos —pocos— familiares y amigos que me han acompañado a lo largo de los años que he dedicado a la función pública, con incursiones en los avatares políticos de nuestro país en un periodo apasionante del siglo pasado. El antes y el después de los lustros que abarca forman capítulo aparte y, si el ánimo no decae, podrían ser objeto de otros escritos futuros para diversión y entretenimiento de pacientes lectores.

Me he visto finalmente obligado a cambiar de opinión respecto a la publicación del texto tanto por la amable insistencia de los colegas de «La Valija Diplomática» y de los entusiastas amigos de la «Fundación Transición Española», como por la rapidez con que se desvanece la memoria de hechos vividos por mi y ahora apenas discernibles en la descripción que realizan voces de las nuevas generaciones. Así que camino de la imprenta ha acabado este manojito de apuntes, sin más pretensión que descargar mi conciencia de espectador privilegiado

de cambios, giros copernicanos y hechos trascendentes... al que se pide además que deje constancia pública de sus experiencias personales aunque solo fuera como reconocimiento y gratitud a las oportunidades ofrecidas por una Carrera y por un Estado a los que ha servido como funcionario.

Me he planteado el difícil dilema de la revisión y actualización del texto original. Ciertamente varios pasajes del mismo hoy serían redactados de forma distinta, y algunas apreciaciones personales merecerían una consideración diferente. Pero finalmente he asumido la decisión de dejar las cosas tal cual, sin tocar una coma, y arrostrar las consecuencias de lo escrito, que, eso sí, puedo garantizar es el reflejo de experiencias vividas en primera persona o recogidas directamente de testigos dignos de mi confianza Su credibilidad está basada en la proximidad en el tiempo entre lo acontecido y lo escrito, cuando la memoria de los hechos está viva y presente.

No habrá pasado desapercibido en este sentido el título mismo del libro: «Recuerdos Políticos», que no Memorias. Y ello porque está lejos de mi pretensión exponer hechos con visos de obra académica debidamente documentada y contrastada. Son meros recuerdos, sin apoyo documental alguno, pero con la validez de lo escrito al calor del momento

Afortunadamente muchos de estos relatos que se escriben en tiempo presente —la dramática presencia activa del terrorismo de ETA; la pobre actividad comercial o empresarial de España en los países donde ejercí misiones diplomáticas— son hechos ya del pasado hoy plenamente superados, demos-

tración palpable del camino recorrido en un tiempo bien corto desde que fueron escritos.

Desde la atalaya de la edad, mi experiencia vivida ha sido ciertamente gratificante. Han sido casi cuarenta años, ocho lustros de destinos diplomáticos en España y en el exterior, con un interregno de cinco años de actividad en el campo estrictamente político —Presidencia del Gobierno, Gobiernos Civiles— cuando la difícil operación del tránsito de Dictadura a Democracia parecía exigirnos a todos algo más que palabras o fervientes deseos. Hubo que «bajar al ruedo» y demostrar que nuestra fe en otras formas de convivencia vigentes en la Europa tan próxima y sin embargo entonces tan lejana, no eran utopías inalcanzables para los españoles sino metas realistas a poco que entre todos acertáramos a llevar la nave del Estado «desde la Ley a la Ley a través de la Ley», en afortunada definición de lo que fue aquella milagrosa operación política de comienzos del reinado de Don Juan Carlos.

Si un concepto puede definir nuestro ánimo a lo largo de estos cuarenta años de retos y desafíos ese ha sido el de «ilusión». A todos cuantos tuvimos algún papel a lo largo de aquellos tiempos nos movía una enorme ilusión, una firme determinación por alcanzar un futuro de convivencia y progreso equiparable a la Europa vecina. Espero que haya sabido reflejar en estas páginas este sentimiento generalizado de aquella España, páginas escritas hace ya mucho tiempo cuando el impulso que movía la pluma y el ánimo de todos era el de un convencimiento firme y decidido en nuestro destino democrático y europeo.